

Al haber sido dedicado el número precedente de "Cuenta y Razón" a una temática monográfica la presente sección no pudo aparecer, de tal manera que en la presente debemos hacer una referencia espe-

Libros recientes de Ensayo

y Ciencias Sociales

cialmente decantada de las novedades bibliográficas que

han ido apareciendo en los últimos meses. Eso no obstante para que además deba ser todo lo plural que siempre se intenta en estas páginas.

JAVIER TUSELL

Memorias

Se ha esperado con mucho interés la aparición en España del libro del exministro *Jorge Semprún "Federico Sánchez se despide de ustedes"*, *Barcelona, Tusquets, 1993*, del que algunas revistas y diarios proporcionaron en su momento adelantos parciales. La versión que publicó inicialmente en francés ha resultado, en realidad, idéntica a la española. Las únicas variaciones de la versión francesa consisten en contener no pocos guiños, incluso moderadamente pedantes, al público lector de aquella cultura y reviste un gran interés. Lo curioso del caso es que lo tiene mucho más desde la óptica del personaje mismo que por sus juicios acerca de la vida pública española, única materia que hasta ahora

ha centrado las reseñas aparecidas en la prensa española. Y es que de la lectura del libro de Semprún lo que se desprende, en suma, es que su valía reside en su condición de intelectual, de escritor, y que por ello alcanza una dimensión que interesa a todos por el procedimiento de ensimismarse en sus recuerdos. Lo fundamental del libro no con la diatribas en contra de Alfonso Guerra, sino, por el contrario, el reencuentro del autor con su propia infancia y con los tiempos de clandestinidad durante el Régimen de Franco. Es justo decir que pocas personas habrá que hayan estado tan en el centro de problemas cardinales de la vida política contemporánea como Jorge Semprún. Lo que, sin embargo, reviste la condición de irrepetible para el lector es la transmisión de esa

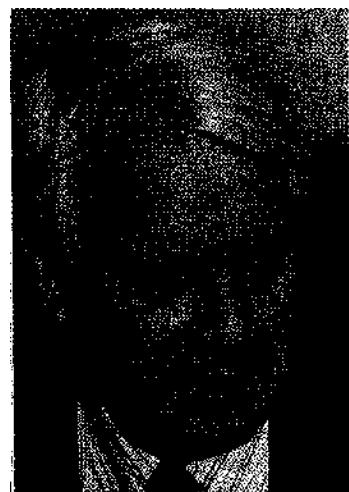
experiencia vital que es el ejemplo mismo de la tragedia de nuestra España. Quien fue un día el nieto del político conservador más conocido y prestigioso recuerda una trayectoria que llevó a su padre al republicanismo y a él al comunismo y a los campos de concentración nazi. Volvió primero convertido en el principal dirigente clandestino del PCE, pero sólo de manera definitiva lo hizo como ministro en el seno de un Consejo en el que era ya, frente a lo que había sido habitual en el resto de sus días, el mayor en edad de los asistentes. Su búsqueda del tiempo pasado no contiene deseos de alterar el devenir propio, ni arrepentimiento; es evocación pura y en ello reside su valía. Nos remite, en definitiva, al valor de la memoria como elemento definitorio de

la condición humana y lo hace de una manera como sólo un gran escritor es capaz de hacerlo. Eso es el principal goce literario que se encuentra en la lectura del libro.

Eso es, también, lo que define a Semprún como intelectual y no como cualquier otra cosa. Claro está que se trata de un intelectual obsesionado por la política hasta hacerla inseparable de su vida, pero el mismo contenido de la obsesión le retrata como intelectual. Lo que le interesan son las grandes cuestiones y en sus antagonistas y amigos ve retratados momentos de la trayectoria política revolucionaria del pasado. Pero cabe preguntarse hasta qué punto no modifica el presente con ese tipo de referencias. Quienes como él han pasado por el comunismo suelen caracterizarse por una tendencia al profetismo o, al menos, a la exaltación a la hora del debate político que les hace a veces tener una visión demasiado edulcorada de las personas con las que se identifican y otra en exceso negativa de aquellos a quienes consideran como adversarios.

Eso es lo que le sucede con Felipe González y Alfonso Guerra precisamente. El primero es poco menos que un héroe capaz de encaminar a la izquierda española por la senda de la sensatez; sólo hay una sombra de duda al quejarse de su "huida hacia delante" al no enfrentarse de manera definitiva con Guerra. Sin duda no le falta gran parte de la razón, porque González es bastante

más de la visión que de él nos ha proporcionado la derecha española. Pero a Semprún se le nota seducido e incapaz de percibir la culpabilidad del Presidente en buena parte de los inconvenientes que achaca en forma exclusiva a Alfonso Guerra. Lo que de él dice merece capítulo aparte: le acusa de ser caótico, demagogo, populista, sectario, infantil, falsamente culto hasta la horteriza y resentido. Hay una cierta de-monización en este juicio que no parece tener en cuenta, por ejemplo, hasta qué punto una situación objetiva favorece defectos como el sectarismo. En todo caso el lector se pregunta cómo no conocía Semprún quién era Guerra antes de llegar al Consejo de Ministros. En realidad esta falta de conciencia de la realidad y este juicio tan áspero acerca de un pretendido intelectual no es sino una prueba más de que el escritor merece ese calificativo con plena justicia. Tan sólo me limitaré a señalar una discrepancia con la comparación que hace entre Guerra y Largo Caballe-



Jorge Semprún.

ro; la verdad es que la personalidad de este último no deja de tener una cierta altura trágica mientras que al primero le corresponde más bien todo el prosaísmo de Lerroux.

ay un factor más en el que se trasciende ese carácter y es una cierta inhabilidad para la acción práctica. En realidad Semprún dice muy poco de su gestión ministerial: se limita a defender la existencia de su Ministerio con argumentos de principio y a asegurar que es necesario el protagonismo de la sociedad civil en estas materias culturales para acabar concluyendo que estaba al principio de su tarea cuando le echaron. Pero la verdad es que la mención que hace a su propia obra ofrece, al mismo tiempo que ideas brillantes y discutibles (contraponer a Goya y Picasso en una misma sala del Prado, por ejemplo), una indefinición programática. Frente a los necios que le acusaban de "afrancesado" hay que decir que lo criticable de su gestión ministerial

puede residir en un cierto desconocimiento de la realidad de la gestión cultural en España. Pero eso mismo nos remite a la condición de intelectual del exministro. Estaba tan por encima de la media de los políticos españoles que necesariamente tenía que durar poco. Y hará mal en pensar que tienen remedio. Su labor como intelectual consiste en tratar de formar a la opinión pública, esto en intentar que desaparezcan de la política los Alfonso Guerra que por ella pululan.

Biografía

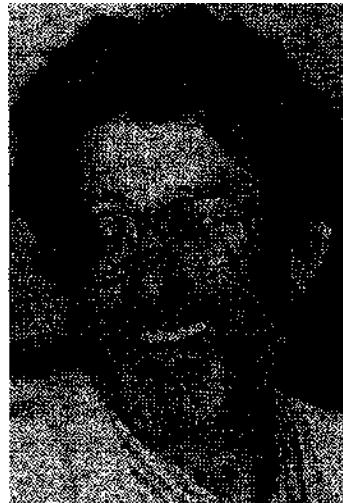
El año cultural nos ha traído en su último tramo la alegría del reconocimiento a un gran personaje de nuestras letras como es Miguel Delibes. Alegrarse de este hecho está justificado no sólo por el reconocimiento de una persona, sino porque testimonia, además, la salud, de una sociedad que practica ese género de justicia que consiste en reconocer los méritos de quienes son sus más valiosas figuras. Todo ello convierte en especialmente interesante en la ocasión actual el libro de *César Alonso de los Ríos, "Conversaciones con Miguel Delibes", Barcelona, Destino, 1993*.

Cada novela es siempre un acto de entrega por parte del narrador al lector y, al mismo tiempo, una aproximación de éste a aquél. Hay veces, sin embargo, que el lector necesita un suplemento de información acerca del escritor preferido porque quiere saber el preciso lugar que una novela juega en la totali-

dad de su obra y de su trayectoria. Al final de la pasión por un autor hay siempre el deseo de gozarlo por completo conociendo su biografía. A menudo ésta no queda reflejada en un libro, sobre todo si se trata de un escritor contemporáneo. Pero, incluso si es así, nada mejor para explicar a un autor que el recurso a él mismo, a la interpretación que da de su propia obra; a ella será preciso recurrir incluso cuando haya pasado mucho tiempo y haya sido larga la labor de erudición monográfica de los especialistas. De ahí el extraordinario interés que tienen las conversaciones con los autores señeros, un género que, sin embargo, no tiene tanto predicamento en España. Recuerdo, sin embargo, que antes de aparecer las memorias de Arón, un libro de un interés extraordinario, se publicó una larga conversación con dos periodistas jóvenes que contrastando sus opiniones con las del filósofo a menudo proporcionaban acerca de su pensamiento una mayor información que en aquéllas.

En el caso del libro de César Alonso de los Ríos acerca de Delibes no hay ese contraste, pero sí disculpazo, buen conocimiento de la obra del escritor vallisoletano y una profunda empatía; incluso se puede decir que existe un cierto paralelismo estilístico. Quizá los textos más valiosos destinados al gran público acerca de la obra de Delibes procedan precisamente de él o de Francisco Umbral. César Alonso de los Ríos publicó un primer tomo de conversaciones con Delibes en 1970, y a ellas ha sumado en el invierno de 1992 otras nuevas que completan la parte de la obra del narrador que no pudo ser abordada en aquella fecha.

El resultado es un acercamiento enormemente interesante a la personalidad de quien es, sin disputa, uno de nuestros principales escritores contemporáneos. El lector de Delibes encontrará una guía segura para conducirle a través de su temática más habitual y a través de



César Alonso de los Ríos.



Miguel Delibes.

los vericuetos gracias a los cuales ha llegado a perfilar su obra creativa. La ventaja de un libro como éste es, por supuesto, que, merced a entrevistado y entrevistador, descubre claves inesperadas en obras a cuya relectura incita.

Pero, además y sobre todo, un libro como éste proporciona una instantánea irrepetible de Miguel Delibes como persona y no sólo autor. Hombre de una pieza, sin doblez ni engolamiento, Delibes ha sido fiel a lo largo de toda su vida a afectos plurales y muy directamente interrelacionados: el entorno familiar y, en especial, el conyugal, la profesión periodística o el amor a su Castilla, condenada a la ruina económica y quizá también a la destrucción ecológica. En él hay, sin embargo, también un singular contraste entre la tragedia que aparece en muchas de sus temáticas y el resquicio de esperanza que brilla tras de esas tinieblas. "A pesar de todo creo en el hombre", afirma en un momento de la entrevista. Y de ello deriva

sobre todo un mensaje moral: la posibilidad de imponerse a esas circunstancias adversas por muy difíciles que parezcan. Incluso en una obra, como "Cinco horas con Mario", en que la sordidez parece impuesta por la desaparición del personaje central y lo repelente que resulta su cónyuge la posibilidad de la esperanza surge en la figura del hijo. Si toda narración multiplica nuestra experiencia de la vida, aquella que, además, incluye esta faceta moral reviste un especial interés, al menos para el autor de estas líneas.

Arte

El mundo de la Historia del arte contemporáneo suele ceñirse a una producción bibliográfica centrada en figuras singulares, muchas veces extraídas de su contexto correspondiente, o en la pura difusión para el gran público. De ahí el interés que puede tener un libro reciente, el de *Robert Rosenblum, "La pintura moderna y el romanticismo nórdico"*, Madrid, Alianza, 270 pp. Se trata, en realidad, de un conjunto de conferencias y eso, sin duda, constituye un inconveniente porque cualquier libro de estas características se resiente de este origen. Sin embargo, la tesis que en él se defiende resulta muy interesante y de hecho se puede considerar ya como muy influyente en los medios académicos y críticos.

Habitualmente la interpretación que se hace de la Historia del arte contemporáneo, está centrada en Francia y describe todo un arco evolutivo que lleva desde el neoclasicismo de David hasta Matisse. Esa interpretación responde, por supuesto, a la verdad, pero también son posibles otras que tengan en cuenta no sólo la evolución formal, en que es difícil evitar la interpretación que tenga como centro a París, sino también los contenidos que animan la obra de los artistas. Así lo hace Rosenblum en un libro como éste, que en realidad corresponde a un previo ciclo de conferencias y, por tanto, no pretende hacer toda

una interpretación global del arte contemporáneo, sino tan sólo ensayarla respecto de determinados autores. Eso lo hace sugerente pero también fragmentario. Da la sensación de que faltan pruebas respecto de la tesis que se defiende. La opinión de Rosenblum es que, aparte de la tradición francesa, hay otra que, procedente del romanticismo nórdico, llevaría desde Friedrich hasta nada menos que Rothko. Esta última tendría como componentes esenciales, en primer lugar, una intensa comunión con la naturaleza y, además, una experiencia de lo religioso muy relacionada con ella. Parece indudable que pintores de la primera mitad del **XIX**, como el alemán Friedrich o el británico Turner, habrían de explicarse de acuerdo con esos planteamientos. También lo es que Van Gogh debe ser interpretado desde esa óptica. En él encontramos, en efecto, una búsqueda vehemente de realidades trascendentales en la observación empírica del paisaje y una profunda empatía entre las formas de la naturaleza y las emociones humanas. Eso no tiene mucho que ver con el posimpresionismo de tradición francesa. Tampoco el paisaje de Nolde, Kandinsky o Marc, que bordea la abstracción, responde a esa línea del arte contemporáneo. Pero el caso más claro de identidad entre lo que podríamos denominar como la herencia del romanticismo nórdico lo encontramos en un pintor inesperado, nada menos que Mondrian. Teósofo y persona apasionadamente atraída por



David Friedrich.

la cara oculta que aparecía detrás de la naturaleza o del rostro humano, Mondrian llegó a la abstracción liberándose por completo de la descripción de la realidad empírica. La tesis de Rosenblum acaba, como última derivación, por poner en relación el expresionismo abstracto de Still, Newmann o Rothko con toda esa línea del romanticismo nórdico. Lo habitual ha sido señalar, por el contrario, que la llamada "Escuela del Pacífico" tiene mucho más que ver con el arte

japonés u oriental. De lo que no cabe la menor duda es de que existe un palpito religioso en Rothko, sea cual sea el origen de su pintura.

Hay otros artistas en los que la interpretación de Rosenblum parece más forzada. No cabe la menor duda de que un Munch o un Klee son de difícil interpretación de acuerdo con los parámetros que habitualmente se toman como eje interpretativo de la tradición histórica de la vanguardia francesa, pero parece un tanto forzado remitirlos a Friedrich. Más que demostrar la trascendencia de éste o del romanticismo nórdico lo que nos revela el libro de Rosenblum es la pluralidad que ha servido de sugerencia inicial para la vanguardia mundial. Eso es mucho más decisivo que probar una descendencia directa.

Un personaje contemporáneo fundamental

Nuestra selección bibliográfica concluye, en el presente número de CYR, con un retorno al mundo de las memorias. Es, en realidad, infrecuente que para el gran público lector español tenga interés un libro de recuerdos de un personaje político extranjero. Sin embargo, por razones obvias, este no es el caso de *Margaret Thatcher, "Los años de Downing Street", El País-Aguilar, 1993*. La importancia objetiva del personaje durante años cruciales de la vida política contemporánea

muy reciente explica que la editorial que ha traducido este libro haya hecho su lanzamiento en el período navideño que constituye uno de los momentos clave de mayor vo-



Turner

lumen de ventas durante el año.

Resulta, sin embargo, francamente improbable que el lector que se acerque a las memorias de Margaret Thatcher sin juicio formado respecto de ella acabe por sentir una profunda simpatía por el personaje. De este libro se ha dicho que no es, en realidad, obra suya, sino que ha sido elaborado por asalariados, pero, al mismo tiempo, da toda la sensación de que en cada una de sus páginas se traslucen de una manera clara su personalidad. Quizá eso es precisamente lo que hace aparecer los rasgos menos gratos de su carácter.

Los políticos suelen ser megalómanos y auto-complacientes y, si toman la pluma para escribir cuando no lo han hecho hasta

el momento, es, sobre todo, para dar de sí mismos una versión óptima. Thatcher, sin embargo, ofrece estos rasgos todavía multiplicados de una manera singular y uno diría, incluso, que irrepetible. La verdad es que la política británica no da nunca la sensación de haberse equivocado en absolutamente nada, no hace ningún intento de comprender las posturas de los demás y demuestra una carencia de humor radical en términos generales y, por supuesto, con respecto a sí misma. El lector sonríe en alguna ocasión con este libro en las manos pero, más que nada, por las maldades que la autora dedica a los políticos profesionales, de su propio partido o de otros. Quizá la más perversa de todas es aquélla dirigida a Michael Foot, el dirigente izquierdista del laborismo. Después de asegurar de él que era un buen orador y una persona culta y cortés, la Thatcher le despacha con la siguiente frase: "Si no temiera insultarle diría que es un caballero". Todos estos rasgos se explican por el tipo de político que ha

sido Thatcher. Bien mirado es inimaginable que nadie pueda pensar en ella sin partir de un juicio previo porque ha estado durante muchos años en el centro mismo de los acontecimientos mundiales. Nadie le negará que es todo un carácter y que ha sido eso el factor que ha contribuido de una manera más marcada a dejar una huella indeleble de su paso por la vida pública. Quizá no hay momento más expresivo en sus memorias que aquel en el que atribuye a algunos de sus adversarios en el seno del partido conservador británico precisamente aquellos inconvenientes que se suelen atribuir a las mujeres que actúan en la vida política: gusto por el cotilleo, vanidad insustancial e incapacidad para arrostrar decisiones que puedan llegar a ser impopulares. Thatcher responde a lo que denominamos

convencionalmente como feminidad tan sólo al hacer alusión a algunos de los detalles indumentarios de sus viajes oficiales.

La verdad es, sin embargo, que esa dureza de carácter le hizo superar dificultades que parecían poder haber liquidado a políticos con menos arrestos. Ella misma lo admite: ante los políticos conservadores clásicos no sólo era una mujer sino "esa" mujer, tratada despectivamente por el contenido de sus doctrinas y por una procedencia social lejana de las clases altas. De su determinación da una buena prueba cuando cita a un político del siglo pasado, Chatham, para asegurar que coincidía con él en estar convencido de

que ella era la única que podía resolver los problemas de su país. Lo que no dice, porque debe ignorarlo, es que Chat-ham acabó volviéndose loco y suicidándose.

Toda la carrera de Thatcher está vinculada al conservadurismo y, sin embargo, es difícil imaginar un político con una voluntad más revolucionaria que ella. En realidad responde a una tipificación muy característica del hombre público: aquel que ejerce de profeta contra la situación que ha recibido. En la introducción de su libro hace, en efecto, su declaración de principios, subversiva en contra de ese orden heredado: recibió una Gran Bretaña en que lo público se comía a lo privado y en que los conservadores acababan siempre cediendo ante la izquierda y ella estaba dispuesta a combatir ese statu quo hasta sus últimas consecuencias. En otros estas tesis podrían haber sido objeto de glosa o debate intelectual pero no en Thatcher, desinteresada por toda cuestión cultural, aunque en política fuera, sobre todo, una profeta. El profetismo explica que sus memorias resulten, sobre todo, una sucesión de batallas, todas ellas victoriosas hasta la final misma.

La descripción que hace de las mismas la ex-primer ministra suele ser desordenada, pero resulta también muy interesante. Por supuesto hay que comparar lo que ella dice con lo sugerido por otros políticos británicos del momento. El suave escepticismo con que la trata su correligionario Lord Carrington o el sarcasmo del laborista Denis Healey no hacen otra cosa que confirmar su ruptura con la tradicional clase política británica. Lo menos grato de esta ruptura aparece cuando Thatcher desvela el fondo de su actividad que viene a veces de un poso simplemente reaccionario: lo que parece interesarle más de la guerra de las Malvinas es que supuso para los británicos la superación de su sentimiento de decadencia colectivo. Pero hay otra vertiente de los políticos de ruptura y es lo que dejan de herencia incluso a sus contrarios. Thatcher fue el primer político de una potencia importante que llevó a cabo privatizaciones y su mensaje tendente a la dispersión del poder o al fomento de la libertad de elección y de la responsabilidad individual habrá de jugar siempre un papel decisivo de ahora en adelante, con



Margare! Thatcher.

independencia de la opción propia.

Pero, bien mirado, alguien como Thatcher debía concluir como fue su caso. Ese género de profetas políticos suelen acabar por enzarzarse en disputas que tienen poco de heroico y mucho de obsesivo y personal. A sus adversarios finales en el conservadurismo los despacha como fatuos o megalómanos, algo que se le puede atribuir a ella misma, cuando no emplea calificativos más duros como el de "traidor". Esa conclusión de su vida política quita grandeza a un personaje que no se va a desvanecer en la memoria como tantos otros.